

China y la Unión Europea

“China es un país que no puede carecer de importancia. Hasta dividida en esferas de influencia, fiscalizada por distintos países, pesaría mucho en la balanza mundial, en la estructura de la seguridad del mundo y en la prevención de una tercera guerra mundial”, resaltaron Owen y Eleanor Lattimore en su Breve historia de China, escrita en el contexto de la guerra civil entre el Kuomitang y el Partido Comunista, que terminó con la victoria y la proclamación de la República Popular en 1949.

El lugar de China en el mundo estaba ligado, ya entonces, a la suerte que corriera su unidad y su prosperidad interna. Su recorrido, en ambos planos, ha resultado espectacular, hasta el punto que Paul Krugman sostiene que “China ya ha superado a EEUU en poder económico global”.

Si inquieta a dónde va China también es pertinente preguntar ¿qué quiere China? Diversos investigadores consideran que actualmente China se comporta como una potencia de status quo.

Sin embargo, las Estrategias de Seguridad Nacional de EEUU, sobre todo con Trump, han catalogado a China (y a sus aliados) como el enemigo principal, mostrando que sienten amenazada la hegemonía que EEUU logró tras la caída del muro de Berlín, la disolución del Pacto de Varsovia y la disgregación de la URSS. Por eso, no faltan los analistas y líderes estadounidenses que están apostando por la colaboración con China, como Kissinger, con Nixon como Presidente, hace 50 años, cuando se establecieron relaciones entre EEUU y China.

En la actualidad la red de países aliados o cooperantes con China tiende a crecer. En cambio, el

Presidente Trump ha optado incluso por enfrentarse con sus aliados, por esta cuestión, sometiéndolos a exigencias públicas de vasallaje y humillación. Lo que, en el ámbito de las relaciones internacionales, adquiere una marcada trascendencia simbólica.

Cuando, durante bastantes siglos, China era y se sentía el Imperio del Centro —en la cúspide de “todo lo que estaba bajo el cielo”— menospreciaba lo que ocurría fuera de sus fronteras. Pero, tras un “siglo de humillación”, y desde la proclamación de la República Popular, sus dirigentes y sus instituciones han prestado una especial atención a conocer mejor el mundo. Algo que

han logrado en un grado notable, incluso llegando a un conocimiento mejor que el que tienen otros países sobre la propia China en la actualidad.

El conocimiento mutuo entre naciones es necesario para definir relaciones equilibradas, ya sean comerciales, políticas, culturales o militares. Una definición de posiciones que ha de fraguarse desde el propio interés nacional de cada nación, desde su posición geopolítica en el sistema internacional, desde sus alianzas o rivalidades. En definitiva, desde el conocimiento propio del país con el que se está tratando.

En estos momentos, los países que integramos la Unión Europea estamos interesados objetivamente en establecer relaciones equilibradas con las grandes potencias globales (singularmente con los Estados Unidos de América y con la República Popular China). Interés mayor que el de aquellas naciones que en realidad operan solo en términos de relaciones internacionales bilaterales y asimétricas.

Las relaciones e intercambios de la Unión Europea y China deben estar basadas en un mejor conocimiento mutuo, y en el desarrollo de los intercambios beneficiosos para ambas partes, con la finalidad de avanzar en el camino de la paz, del multilateralismo y del impulso de las políticas de equidad y bienestar social.

La Unión Europea ha encontrado dificultades para establecer una estrategia coherente en sus relaciones con China. Josep Borrell, siendo ministro de Asuntos Exteriores, subrayaba que el Consejo Europeo se había desentendido de China desde 1989. Desde entonces, no se ha avanzado lo suficiente en la clarificación y el desarrollo de enfoques comunes ante China, desde la resolución del Parlamento de 16 de septiembre de 2021, que solicitaba a la Comisión y al Consejo una nueva estrategia.

Esas dificultades para fijar una estrategia precisa obedecen a razones internas (la propia complejidad de los 27 Estados europeos), y a otras que son consecuencia directa de las dependencias de Europa. En ese contexto de origen, es evidente que determinados vaivenes y exigencias desmesuradas de la Administración Trump acentúan los problemas y los distanciamientos. Por eso, el seguidismo de ciertas políticas, pensadas geoestratégicamente a partir de intereses y necesidades distintas a las europeas, podría generar en Europa una dinámica contraria al objetivo de ser ejemplo de un proyecto de convivencia en paz, bienestar social y multilateralidad en el modo de afrontar los retos globales.

Para ofrecer respuestas a los retos actuales, la Unión Europea debe reajustar sus relaciones internacionales, esforzándose en definir mejor una posición ante China basada en los intereses comunes y las necesidades recíprocas.

Esta posición común de la Unión Europea debe ser el resultado de una puesta en común de diferentes políticas que se acabarán fraguando en el crisol de los 27 Estados miembros, en donde España debe desarrollar las líneas maestras de sus propias posiciones geoestratégicas. Por muchos motivos, pero especialmente porque Trump ha tomado a España como ejemplo y referencia de las propias políticas autónomas pensadas en función de la Unión Europea, sin sumisiones apriorísticas. Lo que da lugar a rechazar los unilateralismos cuyas posiciones son contrarias a los intereses europeos.

El presidente Sánchez ha mantenido sus posiciones sin acatar una sumisión humillante ante Trump, sin rendir el gesto ni perder las formas, reconvirtiendo así a cuantos europeos quieren que la Unión Europea conserve una buena relación con EEUU. Pero no de vasallaje en unos momentos en los que la posición de la Unión Europea ante China no puede,

ni debe, estar marcada unilateral e imperativamente por la Administración Trump.

Sánchez en su último encuentro con Xi Jinping en Pekín lo dijo claro: China es un socio imprescindible para los desafíos globales, por lo que el mundo necesita que EEUU y China hablen y se entiendan. A lo que Xi Jinping respondió que cuánto más turbulenta sea la situación internacional más necesarias son las buenas relaciones con España. Por lo que el mutuo conocimiento tiene que ser la base para la estabilidad.

La historia de las relaciones de España con China tiene una notable profundidad histórica. El libro La historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China, de Juan González de Mendoza (1545-1617) fue traducido a varios idiomas, convirtiéndose en un referente durante el siglo XVII. En el siglo XIX, el barcelonés Xinibaldo de Màs, que hablaba 20 idiomas, se convirtió en el sinólogo más acreditado y solicitado por los diplomáticos de muchos países. Asimismo, tras el establecimiento de relaciones entre España y China en 1973, nuestros embajadores en Pekín, desde Bregolat a Dezcallar han impulsado los estudios sobre China, documentando a la opinión pública española con un buen número de libros de referencia.

Tanto los gobiernos del PSOE como los del PP han promovido las buenas relaciones con China. Con Felipe González, con José María Aznar, con el acuerdo de Asociación Estratégica impulsada por José Luis Rodríguez Zapatero, mantenido por Mariano Rajoy. Y con Pedro Sánchez en el presente, en unos momentos en los que resulta imprescindible mantener una voluntad inequívoca de independencia ante presiones como las de Trump. Más necesaria y más consistente que en etapas anteriores.

De ahí la pertinencia de profundizar en el conocimiento de la realidad de la China actual, como base de unas políticas coherentes con los verdaderos intereses nacionales.

Para contribuir a tal tipo de propósitos, en este número de TEMAS se publican varios artículos de estudiosos de la realidad de China, cuya dedicación ha sido entendida como una base sólida para abordar los debates sobre cuestiones —e intercambios— económicos, culturales y geoestratégicos, que es preciso plantear de cara a futuros inmediatos.

TEMAS